

**POR QUÉ
EL LIBERALISMO
FUNCIONA**

**CÓMO LOS VERDADEROS
VALORES LIBERALES
CREAN UN MUNDO MÁS LIBRE,
IGUALITARIO Y PRÓSPERO
PARA TODOS**

DEIRDRE NANSEN MCCLOSKEY

TRADUCCIÓN DE
RAMÓN GÓNZALEZ FÉRRIZ Y MARTA VALDIVIESO

Las personas nos enfrentamos a dos grandes amenazas, afirma Deirdre N. McCloskey, una de las economistas y pensadoras actuales más osadas e inteligentes: la tiranía y la pobreza. Ambas constriñen el florecimiento del ser humano, el desarrollo de su creatividad y de todo el potencial que ofrece la libertad. Son, además, las dos formas que utilizan los estados para limitar la autonomía de sus ciudadanos y ponerlos a su servicio.

Para vencer esas dos amenazas, y superar las fuerzas que, consciente o inadvertidamente, las impulsan, es el momento de retomar los valores liberales verdaderos, el corpus de ideas que, a partir del siglo XVIII, permitió que los humanos se liberaran progresivamente de las tradicionales cadenas del atraso y el sometimiento. Poco a poco, gracias a esas ideas y a su aplicación en la tecnología, el gobierno y los negocios, se consiguió una prosperidad sin precedentes no solo en el ámbito económico, también en el científico y el cultural.

Con su característico sentido del humor, su vasta cultura y su profunda comprensión de los valores humanos, McCloskey desgrana la manera en que el liberalismo conduce a la verdadera igualdad, defiende que es una filosofía optimista que depende de la retórica y aborrece la coerción, y sostiene que no puede prosperar sin una base ética.

Prefacio

Cuando hayas acabado este libro, espero haberte convencido de la necesidad de un nuevo, y viejo, liberalismo. La palabra de marras no debe interpretarse como el «liberalismo» estadounidense, la política dirigida por abogados, penosamente antiliberal, caracterizada por una planificación, regulación y coerción física gubernamentales cada vez mayores. Se refiere, en cambio, al «liberalismo» en el resto del mundo, uno impulsado por la economía, el «plan liberal», como escribió el viejo Adam Smith en 1776, «de igualdad [social], libertad [económica] y justicia [legal]», con un gobierno modesto y contenido que ayude realmente a los pobres.[1] El verdadero liberalismo moderno.[2]

Sostengo que es deseable la continuidad de un liberalismo concebido en el siglo XVIII (así soy yo, original y a la última), una idea que se implementó lentamente a partir de 1776, con muchas dudas y giros en falso. Alrededor de 2005 empecé a darme cuenta de que la «retórica» liberal explica muchos de los rasgos positivos del mundo moderno en comparación con los anteriores regímenes iliberales —el éxito económico del mundo moderno, sus excelentes artes y ciencias, su amabilidad, su tolerancia, su inclusividad, su cosmopolitismo y, en especial, la masiva liberación que experimenta un número cada vez mayor de personas de violentas jerarquías antiguas y modernas—. Progresistas, conservadores y populistas replican que el liberalismo y su retórica también explican numerosos males, como que todo se reduzca al dinero y a los mercados, la pérdida de la comunidad y de Dios, o la desgracia de la inmigración de quienes no son blancos ni cristianos. Pero se equivocan. [3]

Recientemente, de Filipinas a la Federación de Rusia, de Hungría a Estados Unidos, populistas brutales y alarmistas han atacado el liberalismo. Es preocupante. Y, sin embargo, durante siglo y medio progresistas y conservadores moderados, y no tan moderados, han negado la relevancia del liberalismo para la buena sociedad, en un cuestionamiento más prolongado y constante. Es momento de alzar la voz.

Éste es un libro optimista, que se cuela entre la melancolía agorera que siempre parece dominar un mercado pre-dispuesto. Académicos bienintencionados y columnistas de opinión expresan el pesimismo de manera ingenua, incluso con orgullo. Pero luego se apropian de él los tiranos con malas intenciones, para mangonear a las personas. Primero, aterrorizan por completo a la gente. Que vienen los terroristas. Incluso mis buenos amigos bienintencionados —los socialistas lentos y los conservadores moderados— invocan el pesimismo sobre la economía, el medioambiente o la grandeza de la nación, con consecuencias similares. Observemos la política estadounidense después del 11 de septiembre o durante el mandato de Trump o remontémonos a la política británica de los disturbios de Gordon o a la época de la Revolución francesa. El terrorismo utiliza algo más que armas, bombas y guillotinas.

La cuestión es que te conviertas al «verdadero liberalismo humano» que, de todas formas, es muy probable que ya albergues en ti. El liberalismo moderno. En *realidad* no estás a favor de dominar a las personas con un complejo industrial-carcelario o con regulaciones que les impidan ganarse la vida haciendo trenzas, con daños colaterales de ataques con drones o separando a niños pequeños de sus madres en la frontera del sur de Estados Unidos, ¿verdad? Apuesto que no. Como dijo alguien: haz a los demás lo que te gustaría que te hicieran a ti.

También intento seguir otra vieja regla del liberalismo, una versión intelectual de la Regla de Oro que en 1983 arti-

culó Amélie Oksenberg Rorty —escuchar, escuchar de verdad, tus preguntas y objeciones—. [4] El libro incluye, pues, entrevistas de periodistas y de otros escépticos sinceros, que en ocasiones plantean objeciones bienintencionadas, aunque con frecuencia iliberales, a una sociedad libre.

El hecho de que, en origen, estos ensayos se dirigieran a distintas audiencias deja un rastro de repetición, que espero que no sea demasiado molesto. He intentado mantener el ritmo a pesar de la reiteración. Y algunas de las repeticiones son positivas, cosas que debes saber —sobre todo que, de acuerdo con el consenso científico en la historia de la economía, desde 1800 el muy denostado «capitalismo» ha aumentado los ingresos per cápita reales de los más pobres no un 10 o un ciento por ciento, sino más de un 3.000 por ciento—. Comida barata. Pisos grandes. Alfabetización. Antibióticos. Aviones. La píldora. Educación universitaria. El aumento supone multiplicar por un factor de *treinta*. Es decir, 30 menos la base original y miserable de 1,0; eso dividido por la base es 29/1, que luego se multiplica por 100 para expresarlo como porcentaje —o un incremento del 2.900 por ciento con respecto a la base, no tan lejos de 3.000—. Continuaré diciéndolo, y seguiré deslumbrándote con mis habilidades aritméticas, hasta que lo hayas interiorizado. Es el hecho más importante del mundo moderno, aunque se suele ignorar. La mayoría de la gente, de acuerdo con un cuestionario real, cree que desde los viejos tiempos la capacidad real de la gente pobre para comprar bienes y servicios ha aumentado tal vez un ciento por ciento, como mucho un 200 por ciento, se ha doblado o triplicado. Está muy equivocada. [5] El aumento ha sido mucho, mucho mayor. Si somos capaces de entenderlo, esta apreciación transformará por completo nuestra política. Por ejemplo, el hecho del gran enriquecimiento es un elemento crucial para mostrar que el verdadero liberalismo humano, la versión moderna que defiende aquí, es, en todos los sentidos, bueno y enriquecedor.

El gran enriquecimiento no significa, por supuesto, que no quede nada por hacer para ayudar a los pobres; sobre todo acabar con las numerosas y monstruosas medidas que, aunque son políticamente populares, en realidad les perjudican en todo el mundo. Pero significa que es tramposo atacar, como hacen muchas teorías políticas, un «capitalismo» que ha hecho más que nadie por ayudar a los pobres. El gran enriquecimiento no significa que se deban desdeñar pequeños elementos de otros sistemas —una pizca de socialismo para proyectos públicos valiosos, una taza de caridad cristiana con los pobres, una cucharada de aliento para las cooperativas de trabajadores, como los despachos de abogados y las empresas de contabilidad—. Significa que sustituir «el sistema» en su totalidad sería desastroso para los pobres, como se demostró en la Unión Soviética a partir de 1917, en Venezuela a partir de 1999 y una y otra vez entre ambos casos.

Este libro no fue escrito de principio a fin, a diferencia de mi trilogía histórico-económica que respalda muchas de las afirmaciones factuales que hago aquí. Para que la lectura consecutiva sea más fluida he dispuesto el conjunto de manera que tenga un argumento moderadamente coherente, cuyo esqueleto se puede percibir leyendo el índice con detenimiento. La parte tercera es una investigación detallada sobre la principal preocupación iliberal de nuestro tiempo, el supuesto aumento de la desigualdad, para mostrar que las investigaciones detalladas son posibles y que arrojan resultados favorables al liberalismo. La parte cuarta aborda con menos detalle otras preocupaciones iliberales. En parte, el emocionante drama del presente libro consiste en ver enumeradas las ideas liberales, bastante obvias, que he diseminado en ensayos publicados en una serie de periódicos y revistas durante las últimas décadas, filtradas por mi mente de economista, de pensamiento lento. El filtrado se produjo a partir de mis cincuenta y pocos años, durante un periodo de mi vida loco, desordenado, en el que cam-

bié de género, me convertí en cristiana progresista y me embarqué en la explicación de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones, observando las luces del siglo XVIII.

Con la salvedad de la primera parte, larga y de carácter introductorio, que ha circulado un poco en una versión más corta titulada «Manifiesto para un Nuevo Liberalismo americano», la mayoría de los ensayos son «ocasionales», es decir, ocasionados por una u otra invitación a despotricar. La variedad de las audiencias a las que me pidieron que me dirigiera hace que la prosa no tenga un tono uniforme, aunque la he corregido aquí y allá para lograr cierta uniformidad. He incluido un par de mis artículos académicos más generosos en defensa de los fundamentos de una sociedad libre, de *Las virtudes burguesas. Ética para la era del comercio* (Fondo de Cultura Económica, 2015), el primer volumen de la trilogía sobre la época burguesa que abarca su historia, economía y literatura. He escrito bastante para *The Wall Street Journal*, *The New York Times* y el *Financial Times*, pero la mayoría de las piezas periodísticas que aparecen aquí proceden de la revista *Reason*, porque *Reason* es la principal voz del liberalismo verdadero en Estados Unidos. Debes saberlo, y suscribirte. Haz lo correcto y razonable.

En otras palabras, cada capítulo tiene una pequeña línea argumental propia y a menudo su propio estilo, sobre filosofía política, derechos de los homosexuales, historia de la economía, políticas económicas o Thomas Piketty. Al principio de cada uno hay una o dos frases que dan contexto. Las notas y la bibliografía proporcionan las fuentes de las citas y el apoyo de muchos de los hechos e ideas. Cuando en el texto se hace una afirmación sin una referencia, en general se puede asumir que se menciona en otro lugar del libro o que considero que la afirmación es obvia por sí misma, u obvia a la luz del conocimiento económico e histórico actual. El libro no es un volumen académico, pero intenta

honestamente mantener un estándar serio a la hora de explicar la verdad, a partir de hechos reales e ideas coherentes. Bueno..., ya lo juzgarás.

Si hay equivocaciones, culparé a las personas que me han asesorado. Las muy desgraciadas deberían haber corregido mis errores. Pero, ya en serio... le agradezco al profesor Jason Briggerman sus brillantes consejos editoriales. Mis editores de Yale, Seth Ditchik de contrataciones y Karen Olson de producción, así como los correctores Kelley Blewster y Brian Ostrander de Westchester Publishing Services, me dieron más consejos, la mayoría de los cuales seguí. De modo que gracias a sus buenas ideas me llevo un mérito inmerecido. Katherine Mangu-Ward, directora de mi querida revista *Reason*, desempeñó un papel similar en muchos de los ensayos, aunque la mayoría son una revisión de la versión publicada originalmente. El blog de mi amigo el economista liberal Donald Boudreaux, *Café Hayek*, me ha proporcionado muchas pistas para un pensamiento liberal verdadero, que claramente he robado. En la trilogía sobre la época burguesa, di las gracias con más detalle a un número vergonzosamente grande de personas con las que he contado para que, poco a poco, mi producción científica haya sido acertada y para, después, tomar consciencia de mi liberalismo verdadero y moderno.

Te insto a reconsiderar tus ideas políticas, como hice yo, escuchando, escuchando de verdad, nuevos hechos e ideas, o reconsiderando los viejos. Normalmente, tener la mente abierta es un buen plan. El economista y verdadero liberal Bryan Caplan se pregunta: «¿Quién se ha ganado un enemigo contradiciendo a alguien sobre lo que cree que le pasa a su coche?». Pero hacer enemigos es algo habitual en nuestros debates políticos, como los que tratan el aborto, el salario mínimo o el proteccionismo comercial. Caplan prosigue: «Para cuestiones prácticas [como reparar un coche] el procedimiento estándar consiste en conseguir pruebas antes de formarse una opinión firme, ajustar tu seguri-

dad a la calidad y la cantidad de tus pruebas, y mostrarse abierto a las críticas. En cuestiones políticas [como si debemos ser de izquierdas, de derechas o liberales], nos saltamos estas salvaguardas procedimentales de manera rutinaria».^[6]

Quiero que te sientas menos satisfecho contigo mismo en tu progresismo, tu conservadurismo o incluso en tu relajado centrismo —una identidad política, la que sea, adquirida alrededor de los veinte años y que después nunca se cuestiona seriamente—. Quiero que te des cuenta de que las opiniones convencionales dependen por completo de volver el monopolio de la coerción gubernamental contra tus buenos vecinos, y después contra ti. Con bastante frecuencia —rescatando una palabra útil, una de las favoritas del ensayista y conversador del siglo XVIII Samuel Johnson — las opiniones convencionales son mera «palabrería», es decir, afirmaciones éticas que se repiten rutinariamente pero no se examinan y que, a menudo, están equivocadas o son perjudiciales. Johnson diría: «Mi querido amigo, ¡libera tu mente de palabrería!». Buen consejo.

Quiero que abrasces la retórica moderna liberal, las palabras amables, el intercambio pacífico, la tolerancia del otro y que veas sus consecuencias positivas. Quiero que dudes de tu certeza de que el problema es el «capitalismo» o la Ilustración; o que la libertad puede «llevarse demasiado lejos», que odiar a otras personas es una sana diversión; o que los programas gubernamentales de guerra, socialismo, expropiación, protección, subsidio, regulación, estímulo y prohibición son normalmente ejercicios inocentes de nuestros sabios padres y madres en el gobierno para mejorar las vidas de todos nosotros.

Con una mente abierta y un corazón generoso, queridos amigos, creo que os inclinaréis por un verdadero liberalismo humano. Bienvenidos, pues, a una sociedad que se mantiene unida gracias a la persuasión con palabras ama-

bles entre adultos libres, en lugar de a la coerción ejercida sobre esclavos y niños.

Primera parte

Deberías convertirte en un verdadero
liberal humano

1

Los liberales modernos recomiendan ambas Reglas de Oro, es decir, la igualdad de oportunidades de Adam Smith

En este libro defiendo una versión moderna y humana de lo que con frecuencia se llama «libertarismo». No es de derechas, reaccionario, ni se trata de una temible criatura pagada con dinero turbio. Se sitúa en una postura intermedia —recientemente, un lugar peligroso para estar—, es tolerante, optimista y respetuoso. Es verdaderamente liberal, es decir, antiestatista y se opone al impulso de la gente de mangonear a los demás. No es «Yo tengo lo mío» o «Seamos crueles». Tampoco es «Soy del gobierno y estoy aquí para ayudarte, si es necesario utilizando la fuerza de las armas». Es «Respeto tu dignidad y estoy dispuesto a escuchar, a escuchar de verdad, y a ayudarte cuando quieras, con tus condiciones». Cuando la gente lo entiende, a la mayoría le gusta. Pruébalo.

Depende de la ética y se nutre de ella. La ética tiene tres niveles: lo bueno para uno mismo, lo bueno para los demás y lo bueno para el propósito trascendente de la vida.^[1] Lo bueno para uno mismo es la prudencia gracias a la cual te cultivas, aprendes a tocar el violoncelo, por ejemplo, o practicas la meditación centrante. El sacrificio no es virtuoso de manera automática. (¿Cuántas madres abnegadas hacen falta para cambiar una bombilla? Ninguna: me quedaré aquí, a oscuras.)

Para el propósito trascendente, lo adecuado es la fe, la esperanza y el amor que permiten buscar una respuesta a

la pregunta: «¿Y qué?». La familia, la ciencia, el arte, el club de fútbol o Dios dan las respuestas que persiguen los humanos.

El nivel del medio es la atención al bien de los demás. Un sabio judío de finales del siglo I a. C., Hilel de Babilonia, lo dijo de forma negativa pero reflexiva: «No hagas a los demás lo que *no* querrías que te hicieran a ti». Es masculino, un liberalismo de tíos, un evangelio de justicia, básicamente el llamado «axioma de no agresión», tal como lo articularon los libertarios cuando a partir de la década de 1950 la palabra *libertario* se redirigió hacia un liberalismo (entonces) de derechas. Matt Kibbe lo dice bien en el título de su superventas de 2014, *Don't Hurt People and Don't Take Their Stuff: A Libertarian Manifesto* (No hagas daño a la gente y no te quedes sus cosas: un manifiesto libertario). [2]

Por otro lado, Jesús de Nazaret, el sabio judío de principios del siglo I a. C., lo dijo en términos positivos: «Haz a los demás lo que querrías que te hicieran a ti». Es liberalismo de chicas, un evangelio de amor, que nos impone la responsabilidad ética de hacer más que pasar por el otro lado. Sé un buen samaritano. Sé amable.

A la hora de tratar a los demás, el libertarismo humano tiene en consideración ambas Reglas de Oro. La primera corrige el entrometido y coercitivo mangoneo a los demás. La otra corrige un egoísmo inhumano que destruye el alma. Juntas conforman la ética respecto al otro del liberalismo moderno. Lo que no necesitamos es la versión reaccionaria, la vieja parodia de la Regla de Oro, a saber, «Quienes tienen el oro, mandan». Tampoco deberíamos guiarnos por un jugador de fútbol americano de Florida justo antes del partido entre el Florida y el Florida State: «Yo sigo la Biblia: "házselo a los demás antes de que ellos te lo hagan a ti"». No es pacífica ni agradable.

Observa que, en ambas formulaciones, la Regla de Oro es radicalmente igualitaria. En las religiones abrahámicas debes tratar a *cualquier* alma humana de la manera en que te gustaría ser tratado. Debes honrar a tu único Dios y respetar su día santo, pero el resto de los diez mandamientos tienen que ver con tratar a los demás humanos como te gustaría que te trataran a ti, en asuntos como decir la verdad o el adulterio. Por el contrario, en el teísmo de los hindúes o en la religión cívica de los confucianos debes tratar al brahmán o al emperador como almas superiores. Un intocable, un campesino, una mujer o un hijo menor no esperan recibir un trato igual y recíproco. Por supuesto, no fue hasta las sociedades burguesas de la Europa de finales del siglo XVIII cuando alguien que no fuera uno de los primeros cristianos radicales o un difunto santo musulmán pensó en desarrollar en una gran sociedad el igualitarismo abrahámico, la teoría que considera amablemente al otro. Hasta Tom Paine o Adam Smith, una duquesa todavía era una duquesa, un sultán un sultán, y el rey Herodes era el Grande.

En la mayor parte del mundo, la palabra *libertarismo* significa simplemente «liberalismo», como la utiliza el presidente de Francia elegido en 2017, el centrista, desregulador y contrario a la «democracia iliberal», Emmanuel Macron, sin «neo» delante.^[3] Usaré la palabra de marras en ese sentido. Pero servirán tanto «libertarismo» como «liberal» si se entiende que ambas siguen las verdaderas Reglas de Oro a la manera moderna. El santificado Tom Palmer, de la liberal Red Atlas, está en lo cierto. «La probabilidad de que actúes como un libertario es casi del ciento por ciento. No pegas a otras personas cuando te desagradan su comportamiento. No les coges sus cosas. No les mientes y engañas para que permitan que te lleves sus cosas, ni les das indicaciones equivocadas a propósito que hagan que su coche caiga por un puente... Eres una persona civilizada.

Felicidades. Has interiorizado los principios básicos del libertarismo». [4] Y del verdadero liberalismo.

El economista estadounidense Daniel Klein llama «liberalismo 1.0» a la tradición de trescientos años que él y yo elogiamos, la versión negativa de la Regla de Oro de Hilel de Babilonia, el no pegarás de Kibbe y Palmer. [5] Tomando el libro de C. S. Lewis sobre los compromisos mínimos de la fe, *Mero cristianismo* (1952), Daniel también lo llama «mero liberalismo». Yo voy un poco más allá, en línea con la versión de Jesús de Nazaret, hasta el liberalismo 2.0. Tal vez el 1.5. Eamonn Butler, del Instituto Adam Smith de Londres, ha escrito dos libros breves y espléndidos, *Liberalismo clásico: un manual básico* (2015) y *An Introduction to Capitalism* (Una introducción al capitalismo) (2018). Me habría gustado que Eamonn dejara fuera el «clásico» y hubiera abandonado la engañosa palabra *capitalismo*. David Boaz, del liberal Instituto Cato de Washington, escribió una lúcida guía, *Liberalismo: una aproximación* (1997), reformulado en 2015 como *The Libertarian Mind* (La mente libertaria). Me habría gustado que David lo hubiera titulado *The Modern Liberal Mind* (La mente libertaria moderna).

En Reino Unido lo llaman «liberalismo del Libro Naranja». Para los estadounidenses, un resumen desesperado: el liberalismo humano 2.0 es maduro en política comercial y discurso cívico, como en el mundo previo a Trump; tolerante en políticas sociales como después de Obama; responsable en déficits federales como después de Clinton; democrático en derechos civiles como después de Lyndon B. Johnson; anterior a McKinley en política exterior no intervencionista, y previo a Lincoln, e incluso a Jackson, en política económica no intervencionista. Las complicaciones son necesarias. El economista Arnold Kling señala que la política identitaria de la izquierda y el trumpismo de la derecha significan que ya no basta con decir que en Estados Unidos los verdaderos liberales son tradicionalmente demócratas